

Don Alejandro Aguilar Machado



Roberto Murillo

espiritual es una lamentable caricatura del ideal del hombre, de la "paidéia", preconizada por Aguilar Machado.

Decir Aguilar Machado director, es decir, sin posible separación, Aguilar Machado educador, orador, filósofo. Hoy es preciso aclarar: don Alejandro no fue director porque quisiera dejar de ser educador, sino que renunció a su profesión de abogado para ser educador, ya desde la cátedra, ya desde la dirección. Y si un reglamento ridículo le prohibía seguir enseñando historia mientras era director, su palabra de gran orador, **more** Emilio Castelar, se hacía oír siempre, en lecciones magistrales. Daba gusto. Oyéndolo, supimos que existía un

hombre llamado San Agustín, otro llamado Dilthey, otro Ortega y Gasset. Que la cultura era apasionante e insustituible, inagotable en mil vidas humanas dedicadas a la lectura, generosa, difusiva. Que la historia era la diversidad de las formas de vida humana, espléndida, presta a la "revivencia" curiosa del estudiante. Que el señorío era importante en el individuo y en la sociedad.

Don Alejandro Aguilar Machado fue Secretario de Estado (ministro), de Educación Pública en el gobierno de León Cortés, mediador entre el gobierno de don Cleto y los rebeldes del cuartel Bellavista en 1932, embajador de don Teodoro Picado en la

conferencia de Bogotá, cuando la guerra civil nuestra, en 1948. Ha escrito varios libros, entre los que se destacan **Historicismo o Metafísica** (1950) y **La esencia del hombre y de lo humano** (1953). Pero el estadista y el escritor ceden ante el educador-orador. Dice bien Abelardo Bonilla: "Aguilar Machado es esencialmente un orador y en la tribuna ha obtenido sus mejores triunfos. Su estilo, como puede apreciarse sobre todo en la primera obra citada (**Opiniones y discursos**), es oratorio, de una prosa opulenta, que se recrea así misma, y lo conserva en las demás, pero sometándolo a una progresiva disciplina. De aquí que sus escritos, privados de la voz cálida, del entusiasmo y del gesto del orador, pierdan mucho de su esencia". (**Historia y antología de la literatura costarricense**, tomo I, p. 277 s.). Entonces, una sugerencia: que la voz de don Alejandro Aguilar Machado se conserve grabada en el archivo de la palabra, para entender su arte, para reproducir el impacto insoslayable de su fuerza formativa.

¿Qué discípulo de Aguilar Machado ha olvidado su palabra entusiasta, al acercarse a las obras maestras de la escultura renacentista o al escuchar la tremenda música de Ricardo Wagner? ¿Cuál escuchó indiferente su lectura del último capítulo de la **Vida de don Quijote y Sancho**, de Unamuno? ¿Cuál, despierto y existente, no está hoy presto a la gratitud, olvidando diferencias o resentimientos accidentales, ante una actitud noble y señera en la educación costarricense, que conviene rescatar, antes de que nuestra educación llegue al grado cero en valores y contenidos?

Al cumplir ochenta años de edad, Alejandro Aguilar Machado recibe un sobradamente justo reconocimiento de parte de sus antiguos discípulos, hoy gobernantes del país. Quienes estamos alejados del gobierno, siguiendo los pasos de don Alejandro en la educación, en la filosofía o en las artes, estamos también obligados a manifestar nuestro agradecimiento al maestro "a part entiere".

Quien escribe cursó su enseñanza media en el colegio de San Luis Gonzaga de Cartago durante los cinco años en que Aguilar Machado fue director de aquella institución. Director de liceo es una expresión que, probablemente, no ilustre en nada al lector actual respecto de lo que era don Alejandro por los años cincuenta en el colegio de Cartago, o antes, en el Liceo de Costa Rica. Don Alejandro es previo al relajamiento del concepto de autoridad, a la mesocracia "participativa", a la burocratización de la enseñanza, al divorcio entre la educación y la cultura, en fin, a la noche donde todos los gatos son pardos. Era un director que mandaba, no a la manera del cuartel, donde la disciplina tiene un valor en sí, sino a la de un buen liceo, donde el orden, e incluso la ascética y la abnegación, se ejercitan para conseguir el temple del carácter, algo casi desconocido hoy en nuestro medio. Su lucha incansable y aparentemente excesiva por la puntualidad, la veracidad, el decoro en el vestir, por el gesto mismo de orgullo de pertenecer al primer colegio de Costa Rica, adquieren sentido retrospectivamente, y nunca fuera del contexto de una auténtica cultura. La altivez sin densidad